

“Esta es mi responsabilidad: vivir de Él para comunicarlo”

Marcos Pou Gallo

Nosotros, en cambio, en virtud de la esperanza en la que hemos sido salvados, mirando al tiempo que pasa, tenemos la certeza de que la historia de la humanidad y la de cada uno de nosotros no se dirigen hacia un punto ciego o un abismo oscuro, sino que se orientan al encuentro con el Señor de la gloria. Vivamos por tanto en la espera de su venida y en la esperanza de vivir para siempre en Él. Es con este espíritu que hacemos nuestra la ardiente invocación de los primeros cristianos, con la que termina la Sagrada Escritura: «¡Ven, Señor Jesús!» (Ap 22,20).

Francisco, Spes non confundit (Bula de convocatoria del jubileo ordinario del año 2025), 19.



ASOCIACIÓN
AMIGOS DE
**MARCOS
POU**

Anotaciones de Marcos durante la peregrinación a Tierra Santa

[...] Desde el inicio se ha hecho más que patente una clara indignidad, una inadecuación, una falta de méritos para estar aquí. Sobre todo, siendo exagerada la preferencia de Otro. Yo no me lo habría podido pagar. Muchos jamás se lo consiguen pagar en la vida, y a mí me han invitado, me han pagado todo, y me lo han explicado, cuidándome con una paternidad inmerecida. Esto es algo que he tenido que abrazar en este viaje. No ha sido fácil, o no del todo; porque la justicia no es que todos tengan lo mismo, es lo que Dios da a cada uno, y ahí tenemos que "aguantarnos"; no somos satisfechos en la curiosidad de la razón por la que esto sucede. Se da y punto.

Como fue la preferencia exquisita de Cristo por aquellos pocos pescadores de Cafarnaún, que no eran ni los más entendidos ni los más famosos o píos; tampoco eran muy pobres, o muy ricos; ni inteligentes, ni fieles, ni incoherentes o coherentes. Eran ellos, y su valor desde entonces es inmenso, es particular, solamente por el hecho (99%) de que Otro les ha preferido, y por el hecho (1%) de que ellos no se opusieron, amaron más este Otro que sus imágenes, miserias, capacidades o medidas. Es así, el valor de nuestra vida es el que Él nos da, y depende solamente de nuestra disponibilidad, búsqueda, apertura. Soy consciente de la preferencia que es que haya podido hacer este viaje, y de la preferencia de JM¹, pero también de que no es exclusivamente para mí: hay Otro que me está mimando, para poder (conmigo) mimar a otros. Y esta es mi responsabilidad: vivir de Él para comunicarlo.

Me he dado cuenta también de dos equivocaciones más, dos concepciones equivocadas que se dan en mí. Los primeros días fui insistente en la petición de que Él se desvelara, se me diese a conocer, y eso es justo, es necesario pedirlo. Porque, como se ve en los

¹ Don José Miguel García.

evangelios, es imposible "ver el rostro de Dios" si Él mismo no se revela, y lo hace como y cuando quiere. Yo me he dado cuenta de que la intimidad con Cristo la he medido (la mido aún) dentro de una emotividad, de una capacidad de oración e imaginación, de una intensidad sentimental; pero la oración no se puede reducir al sentimiento que se tiene de esta, esa es una medida humana, es incompleta. A ojos de Dios la oración se juega dentro de la sinceridad y humildad del corazón, en la adhesión sencilla y disponible a Él de la forma en la que uno se encuentra. No sabemos en el tiempo las consecuencias de este trabajo y esta oración –me decía JM–; a nosotros nos toca estar disponibles y basta.

El otro error mío es lo que atañe a la Pasión de Cristo y a la posibilidad humana de acompañarle. Desde hace tiempo ha nacido en mí un deseo creciente de acompañarle en su Cruz, de ser como la Virgen, que le sostuvo y acompañó en ese dolor, ese sacrificio, por la salvación del mundo. Es un deseo hermoso, gracia de Dios para un alma tan débil como la mía, que de hecho lo descuida, olvida o desconsidera, y que por otro lado desobedece y huye del sacrificio. Mi error estaba en poner todo el énfasis de tal posibilidad (acompañar a Cristo en su pasión salvífica) en mí. Como si fuese iniciativa mía una posibilidad así. Y con mi pecado, incluido el de estos días, me he derrumbado al admitir que no es así. También al ver que mi pecado tiene consecuencias y lo que Él sufrió por ello. No puede contar tanto mi hacer en la relación con Él, en la vida, en la posibilidad de amar, por el simple hecho de que no sé amar, de que soy pura traición, y no sé cómo funciona la vida. El dolor fue mayúsculo, lo es al pensarlo.

Sobre todo, por el hecho de reconocer que yo desearía ofrecerte todo Señor, y no puedo ofrecerte nada. Es duro admitirlo, pero incluso lo que queremos darle a Él tiene que dárselo Él primero. Ese fue un punto de inflexión difícil de admitir. Pero es así, es humillante y a la vez hermoso. Nosotros (por usar una fórmula sintética) no nos damos nada en la vida. Entonces me pregunté, ¿qué sentido tiene entonces que

Tú nos des estos deseos tan altos, tan puros, y la imposibilidad de llevarlos a cabo? Especialmente el de amar, el de dar la vida. Me lo preguntaba quizás con un punto de rebeldía. Al final la vida es un soltar la rienda, es soltar la pretensión pecadora de darnos las cosas, de entenderlas, incluso de amarlas, de cambio, de todo. Por eso es tan complicado, porque es sencillo, es dejarse hacer. La respuesta es sencilla: nos los da para que admitamos justamente esto, que no podemos llevarlos a cabo. Y para decirnos con su presencia paciente y prometernos con toda certeza que con Él sí se pueden llevar a cabo, que no son en vano estos deseos, son hermosos; los inventó Él mismo a pesar de que nos los agenciamos. Y solo Él puede sostenerlos y protegerlos del escepticismo y el nihilismo. Así pues, me he dado cuenta de que la única posibilidad de cambio verdadero en mi vida es gracia, y la primera gracia es desearlo, es desearle, porque es como la potencia de esa posibilidad. Por eso conviene secundar y pedir la gracia de desear. Creo que es lo más grande que hay en mí, que a pesar de que no soy nada, tengo "el morro" de desear, porque Otro así me lo concede. La posibilidad, por lo tanto, de vivir lo que deseo es dramática, está en sus manos y no en las mías. La conversión es reconocer esta verdad y abrazarla, nada más; y en consecuencia dejarme hacer por la eucaristía (sacramentos y compañía de la Iglesia) y pedir. Porque también me he dado cuenta de que querer ser yo el que dé la vida a Cristo y no que sea Él quien la coja es un orgullo, no es amar.

Cuando el día del monte de los Olivos, vi esto, y me reconocí en los discípulos que se duermen, me reconocí tristemente en ellos y me eché a llorar por la imposibilidad de ofrecer algo a Cristo, no estaba amándolo, no del todo por lo menos. Porque esa posibilidad existe, existe un camino con el que poder ofrecer cada vez más la vida a Cristo, el problema es admitir la forma, y la dicta Él. Así pues, lo que te ofrezco Jesús de mi vida, es (por ahora) solo mi sí, y te ruego despiertes, avives y lledes a término este deseo mío. Me has puesto en el corazón esta intuición: el sentido de mi vida es participar de tu Pasión, su razón de

ser es salvar la humanidad, y su consecuencia, la Resurrección. Me aferro a tu promesa: "El que ha iniciado una obra buena la llevará a término hasta el día de Cristo Jesús". Llévala a cabo Señor [...].

Ha crecido también en mí la impresión de cuánto la historia de la humanidad, el sentido de todo, lo que salva todo es lo que tiene que ver con tu historia, con tu Cruz. Ese es el acontecimiento más especial e importante de la historia, y todo lo que no está ligado a ella es terroríficamente banal, es vertiginosamente pasajero y mortal. ¡Tú eres el único que resucitó, el único capaz de ello, sin ti todo se pierde! Reconociendo la grandeza de tu vida me venía con claridad la certeza de que lo único que hará grande mi vida, útil para ti, es que la historia de Cristo encuentre una continuidad en mí como la encontró en Pedro y en tantos otros santos de la historia. Porque si no fuese así, me costaría abrazar el hecho de que no me hiciste contemporáneo a tu Pasión, me avergonzaría no estar ahí. Por eso, quiero ser Tú hoy. Vivir en ti hoy, y que todo, tal cual me lo pidas y propongas sea un repetirse en la historia de tu vida, para mí y para los que me pongas al lado. Me daba vértigo pensar en el sentido del tiempo y del hacer. Por eso me interesa descubrir en medio de este mundo tan ruidoso, tan activo, con tantas posibilidades y tan olvidado y desconsiderado contigo, qué tiene que ver mi vida con tu Pasión, con tu vida. Me urge.

Aquí se podría recoger otro de los frutos claros de esta peregrinación como certeza: no me interesaría entrar en el pasado de la historia de ese nazareno si no fuese por una experiencia presente; o sea, que no me apego, no me interesa, no me suscita tu vida si no puede ser *presente*. Mi necesidad estos días ha puesto de manifiesto esto: lo que urge es tu presencia presente, más aún que saberse todos los detalles de tu historia pasada, porque si no, me deja de interesar (y la dejo de conocer –uno solo conoce lo que ama–) y me pierdo la vida. Lo que me liga a ti hoy es que ha llegado un punto en que sin ti no soy. Solo tu compañía carnal y sacramental me corresponde. Me interesa esta historia pasada porque ilumina una experiencia presente, y así ha sido.

Esto es algo que se me hizo evidente en el *Dominus Flevit*. Cuando estuve ahí me impresionó lo concreta que es tu preferencia, Señor, pero me pregunté por qué eso no se trataba de exclusivismo, por qué no sería un exclusivismo. Porque lo cierto es que Jerusalén, por muy extraordinaria que fuese, era solamente una ciudad más, con una población más, dentro de lo grande que es el mundo (ya entonces) y la cantidad de personas que habría. Me vino a la memoria el hecho de que, a mí, alguna vez y de forma muy distinta en proporción y conciencia, corriendo por la Carretera de les Aigües me ha venido este pensamiento, esta pregunta, esta sana preocupación por el destino de la ciudad de Barcelona, por quienes la habitan y el deseo de que el Padre los salvase. Entendí que nosotros somos tu prolongación en la historia. Tú mismo “lloras de nuevo”, y esta vez también por Barcelona, a través de mí. Por eso es una preferencia que abre al mundo entero, que pretende llegar, allá donde haya un sí disponible, al mundo entero. Esto es un descubrimiento hermoso de tu contemporaneidad que a la vez me hace consciente de la responsabilidad que tengo. Y esa responsabilidad es dejarte entrar, reconocerte.

Otro punto que destaco es el método de Dios. Se me ha hecho evidente el método "viral" de Cristo. Es tal cual nos lo cuentan en el movimiento². He crecido en el respeto y la esperanza hacia este método, en la convicción de que es el más sugerente y discreto con la libertad humana y el sensiblemente más humano. Estas cosas se hacían evidentes en los milagros que hacía Jesús, cómo los hacía y ante quién los hacía [...] no para resolver los problemas de sus contemporáneos; porque ¡el milagro es su presencia! En la respuesta a ciertas necesidades concretas Él pretendía conocerlos uno a uno, y que viesen quién era Él. Depende de cada persona concreta darse cuenta o no (y de la gracia) de quién es Aquel que hace el milagro; esta es la cuestión. Esta discreción se lleva al extremo al ver los lugares donde estuvo, el tiempo que estuvo

² Movimiento de Comunión y Liberación.

en Cafarnaúm, "perdió mucho tiempo" en generar a los discípulos. Es sin duda el método de la preferencia. ¡Y qué discreto todo! Como cuando JM nos contó dónde estaba el Gólgota y el verdadero impacto en Jerusalén de su crucifixión. Todavía hoy miles de turistas pasan por estos sitios y pueden no darse cuenta.

Cuando Él se fue con el Padre quedaron unos pocos discípulos despavoridos, y con su presencia en ellos el cristianismo llegó a los confines del mundo. El paradigma de esta discreción es María, sin duda alguna. Como lo es su casa, su visita a Isabel, o su marido o la gruta de Belén y la Capilla de la Leche. Me impresionaba esta personalidad tímida y discreta con la que Él actúa, no solo acepta, sino que escoge y prefiere, la nada para suceder, lo pequeño, lo silencioso, lo cotidiano. Para respetar con una pasión tierna la libertad, y nunca forzarla. Sin embargo, esa humanidad que te engancha existe, y se puede reconocer. He crecido en este sentido en la atención a María, en el agradecimiento a su Sí sincero y sencillo que permitió que la esperanza de mi vida, la Misericordia, se hiciese uno de nosotros.

Por eso, otra cosa de la que me he dado cuenta es que Pedro y María serían dos personas más de la historia; no serían tan grandes si no fuese por la iniciativa y preferencia de Otro. ¡Esto me ha sorprendido mucho, mucho! Vuelvo como en este punto habiendo cambiado mucho. Es como si antes del viaje les idolatrara, y ver su humanidad concreta me ha hecho perder esta especie de idolatría, y se ha convertido en un afecto agradecido, en la conciencia de que no son grandes ellos, sino Dios que les ha preferido y ha hecho grandes cosas para, con y en ellos (*Magnificat*), y que su grandeza viene de su sí a la preferencia del Señor. Por eso, mi grandeza es imitar ese sí, el sí de Pedro en el lago y el sí de María en Nazaret o la Cruz. Si su método es escoger algunos hombres para hacerse presente entre los hombres, lo que conviene, la conversión, está en darme cuenta de quiénes son, de dónde sucede, y vivir a su lado. Seguir esos grandes hombres elegidos y “momentos de personas” para crecer, para reconocerle. Así pues, me resista más o menos a quienes

escoja, cuándo y dónde lo haga, la cuestión es esta: engancharme bien enganchado a quien reconozco grande en medio del mundo y seguirle. Esto y la autoridad objetiva de la Iglesia bastaría para crecer. Ahora entiendo mejor lo que nos decía Julián en el Equipe³, que Él nos ponga testigos es piedad, pura piedad. [...] Me ayudó mucho el cuadro que vimos por casualidad en la capilla del convento de los franciscanos de Cafarnaúm. Sale Jesús comiendo pescado con ellos, unos entran en la casa, otros hablan. Y es que era así como debieron hacerse amigos; no por las grandes curaciones, no por algo ruidoso y esplendoroso, —que también—, sino por esa convivencia serena. Me imagino a Jesús hablando con quienes se habían acercado a verle ese día mientras pescaban, y pescando algún día con ellos. Y a Pedro recogiendo con prisas las redes para ir a la montaña donde estaría hablando Jesús. Me los imagino mirándole, incluso cuando Él no estaba hablando, mirándole limpiar, saludar, caminar. Porque debía haber un silencio y una profundidad enorme en cada uno de sus gestos. Sería ahí donde se harían buenos amigos, donde estos se enamorarían de su humanidad. Donde le harían muchas preguntas, donde le traerían más amigos para que pudiesen verle también. Me imagino a Jesús mucho tiempo en silencio, sonriéndoles al ver sus torpezas, corrigiéndoles con paciencia... De nuevo, la normalidad, la cotidianidad, una convivencia sencilla en la que revela algo más hermoso que el color de las estrellas: el milagro era su presencia.

Solo entendiendo esa convivencia, porque uno la vive, puede uno entender el dolor y el sí de Pedro. Es a ese amigo, que dormía en mi casa, a quien negué. Y es a Él, por toda la amistad que hemos tenido, por esa humanidad demasiado misericordiosa a quien no puedo decir que no. No soy nada, pero no puedo decir que no. Por eso da igual el trabajo, si pescar o dirigir un país; si no es con la mirada puesta en un hombre que está, que te espera en casa, que te enseña a ver cómo el

³ Encuentro internacional de responsables de los estudiantes universitarios de Comunión y Liberación.

Padre alimenta cada criatura, no es humano. Esto me ha hecho entender cómo uno conoce a Cristo, cómo uno se familiariza con Él, cómo uno se enamora. Y serían cosas tan sencillas y cotidianas y ni salen en los evangelios, pero tan decisivas como el milagro de la multiplicación o de las bodas. Y pone de nuevo el peso en lo cotidiano y silencioso, y en la comunión cristiana con aquellos que Él ha aferrado. No hay nada en la vida como la posibilidad de convivir con ese hombre. Seguro que les costaría dormirse, pensando en Jesús, preguntándose inquietos qué haría delante de ellos al día siguiente. Así de humano es Dios entre nosotros, así de discreto, así de cercano, y así de extraordinario. Con razón se asustarían en la Pasión, no entenderían cómo Jesús caminaría con la Cruz en silencio, cómo no respondería ni se liberaría. ¡Ese hombre que calma el viento, se deja matar! Imagínate que contradicción, qué dolor. Y qué impresión verle resucitado. Todo se vuelve más fácil de imaginar, se entiende mucho más. Y entonces se entiende mejor cómo debía mirar a las gentes. Como cuando solloza por Jerusalén, o como cuando ve las personas como “ovejas sin pastor”, o como cuando se da cuenta del hambre que tienen los que han venido a verle. Eso es lo que me dejó en silencio en el *Dominus Flevit*: lo que caracteriza a Cristo es esta pasión, pasión y servicio total, por el destino del hombre concreto, de la ciudad concreta, de todos. Este es Cristo, y no hay nada más grande en la vida que conocerle, y sentirle vivo y palpitante en mí mismo. Y consciente de que no llega a todos, de que son muchos quienes se acercan, se “inventa” la eucaristía, se hace accesible y cercano. Son todos rasgos de una humanidad tan humana que solo puede ser Dios.

Marcos Pou Gallo, 23 años. Septiembre de 2014



¡COLABORA CON LA ASOCIACIÓN!

Se están elaborando nuevas publicaciones sobre la vida de Marcos. Si deseas contribuir compartiendo tu testimonio, puedes escribirnos: **asociacionamigosdemarcospou@gmail.com**

Del mismo modo, para poder sufragar los gastos de las distintas iniciativas de la vida de la Asociación, se puede colaborar haciendo un donativo a: **ES42 2100 0831 1802 0119 3298**

Si deseas más información: **www.marcospou.com**

Publicación en ocasión del 10º aniversario del fallecimiento de Marcos

© 2025. Asociación Amigos de Marcos Pou